

HOMENAJE DE FUNDACIÓN LA CAPITAL Y SEÑALES



El maestro, Cristián Hernández Larguía, con Gonzalo Garay, Silvio Scrimaglio y Gary Vila Ortiz.

Cristián Hernández Larguía (1921) asombra por su lucidez y jovialidad. Aprovecha la ocasión de la entrevista para despacharse a gusto sobre los temas más disímiles del mundo de la cultura, y, Tía María de por medio, conversa con Señales. Hace un recorrido por su infancia y adolescencia rememorando a sus maestros, reflexiona sobre planteos filosóficos, y se jacta de su postura antiguevarista. Se crispa cuando oye decir que Charly García, Maradona o el propio Che Guevara pueden considerarse ejemplos para la juventud.

Y en seguida piensa en su amigo Pau Casals, un hombre que, según dice, estaba a la altura de Mahatma Gandhi, Albert Einstein o Albert Schweitzer, "y aun así me quedo corto".

Sus primeros recuerdos conscientes son, inevitablemente, sobre la música. El arduo camino de la educación musical remite a un recorrido amistoso de la mano de su primer maestro: "Alrededor de los años 40 conocí a un gran músico alemán que, con el tiempo, me tomó mucho cariño. Él era sumamente disciplinado, doctor en filosofía y en musicología, en fin, una persona sumamente preparada, seria, como son los germanos. Y se encontraba con este personaje de la pampa, con este indio de la pampa, indisciplinado".

Nunca tomó clases formalmente; el aprendizaje se dio a través de charlas, casi siempre caminando: "Esos recorridos los hacíamos después de almorzar. Él venía a casa de mis padres y salíamos para hacer la digestión. Mientras tanto, yo le hacía preguntas y él me contestaba. Esa fue su forma de enseñanza, el maestro me aguantó y me guió, de forma totalmente desinteresada, nunca jamás le pagué ni veinte centavos".

—¿Sus atributos con respecto a la música son innatos o producto del estudio, el esfuerzo, la disciplina?

—Eso tendría que ver más con cosas como la psicología, o con cosas que yo no comparto. No voy a decir que soy enemigo de la psicología, pero no me dejó llevar mucho por esas cosas. En mi caso, puedo atribuirlo a la naturaleza. Esa máxima de San Martín que dice "Serás lo que debas ser o si no, no serás nada", tiene algo que ver con esto.

—Fue docente en las universidades de Rosario y del Litoral en las cátedras de Dirección Coral, Canto Coral, Introducción a la Musicología y Acústica. ¿Cómo recuerda esa experiencia?

—Para haber dedicado mi vida a la dirección coral trabajando —siempre con aficionados, nunca lo he hecho con profesionales—, uno tiene que pasar todo su contacto con la gente que viene a cantar por el solo gusto, no pensando en que va a vivir de eso, o que va a ser una profesión. Evidentemente, uno debe tener condiciones didácticas muy desarrolladas. En mi vida se me ocurrió pensar en cómo conseguir tal efecto. Me sale naturalmente. Creo que a veces me equivoco y otras no. Me fui formando con la experiencia. Yo entré al Coro Estable como socio fundador en 1942. El Coro era dirigido por Richard Engelbrecht, un alemán que había venido huyendo. En el 46, después de la guerra, él no tenía ninguna razón para quedarse. De golpe y porrazo surgió la necesidad de que hubiera un nuevo director, y me eligieron a mí, a prueba. Yo nunca había dirigido un coro como aquel, ya muy reconocido. Mi experiencia era más bien en coros familiares, de amigos. Y aquel coro tenía 80 personas. Ahí comencé, y aquí estoy...

—¿Cada interpretación puede considerarse un acto de creación original como es la creación propiamente dicha?

—Absolutamente. Un acto de creación único e irrepetible. Es una de las características de la interpretación musical. La música necesita de un intérprete, porque la música se escribe en un papel con unos símbolos que la representan, pero que no son la música misma. Esto hay que ponerlo en sonido. Alguien tiene que hacerlo, porque si uno se presentara en una sala de concierto con una gran partitura y la mostrara al público, no estaría haciendo música. De esos símbolos al sonido tiene que haber un intermediario, que es el intérprete. Que es en realidad un traductor, que como todo traductor es un traidor. Existen tantas interpretaciones de esos símbolos como personas accedan a ellos y pretendan interpretarlos.

Ese proceso es único. Tal es así, que hay directores que se han negado a realizar grabaciones de estudio porque consideran que cuando se graba se pierde algo.

—¿Cómo ve el recambio generacional en la dirección coral?

—Hay algunas diferencias. Cuando yo me inicié no había dónde estudiar dirección coral, no existían las cátedras. En Argentina tampoco existía tradición coral, lo cual es bastante comprensible porque nuestra inmigración ha sido principalmente italiana y española, que son países poco corales. Hay países europeos que sí lo son: Alemania, Inglaterra, Francia, en menor medida. Ahora las cosas han cambiado. Nosotros, de tradición, somos país de solistas. Ese es el problema que tenemos los argentinos, no podemos actuar en grupos, cada uno es un individuo y cada uno va por su lado. Eso tiene bastante que ver con nuestra formación musical. Poco a poco, y con los años, se ha ganado mucho en este campo. Ya hay directores que tienen una formación académica. El problema es que hay una tendencia desde los gobiernos al populacherismo, entonces los directores, para poder sobrevivir, se ven obligados a hacer un repertorio populachero. El repertorio coral es el más abundante dentro de la literatura musical, pero los directores no hacen específicamente música para coros sino transcripciones, arreglos.

Homenaje

Después de tantos años al frente del Coro Estable de Rosario, y de haber obtenido cientos de premios, Cristián Hernández Larguía recibió el homenaje de Fundación La Capital y Señales. Las intervenciones, distendidas y memoriosas, estuvieron a cargo de Gary Vila Ortiz, Silvio Scrimaglio y Gonzalo Garay.

06-07-08 | Sara D'Angelo / La Capital

[< VOLVER](#)